

Lectura y Literatura: dos formas de comunicación

ROSA MARIA QUINTANA

Escribir sobre la necesidad de estimular en los niños el interés por la lectura puede parecer, a estas alturas, una redundancia. Hacerlo, además, para una revista especialmente dedicada a biblioadictos y bibliófilos, es casi una "boutade". Porque la preocupación por la iniciación de los más jóvenes en la convivencia con el libro es, afortunadamente, uno de esos principios básicos en los que educadores, padres, bibliotecarios, animadores infantiles, editores, libreros, ludotecarios, etc... están unánimemente de acuerdo.

Hoy existen catálogos específicos de libros para niños y las ediciones escolares de libros de lectura son cada vez más atractivas y rigurosas en sus contenidos. Todo indica que, finalmente, comerciantes y pedagogos han coincidido en sus objetivos y, como fruto de esa coordinación -o, al menos, de esa coincidencia- de intereses, toda la sociedad se ha sensibilizado hacia esta preocupación y la respuesta es verdaderamente positiva.

Y, sin embargo, percibimos que algo falta, que aún no hemos dado más que el primer paso. Porque todavía hay preguntas cuya respuesta sigue siendo inquietante: ¿A qué se debe y qué consecuencias tiene el que el niño asocie la lectura con las actividades exclusivamente escolares? ¿Por qué fuera del centro de enseñanza lee otro tipo de cosas, o no lee nada? ¿Por qué se abandona la lectura cuando finaliza el período escolar? Sabemos que estas preguntas no son aplicables a todos los niños, pero sí que son cuestiones que afectan

a un número bastante elevado de ellos.

Ahora bien, las variables que definen al niño no lector ¿son estrictamente sociológicas (pertenecen a familias cultas, van a colegios privados), congénitas (son más o menos inteligentes) o lo son también de carácter metodológico?

Estos interrogantes, encadenados entre sí, nos han llevado a una reflexión de carácter general que se relaciona, incluso, con el tema del fracaso escolar. El resultado negativo del proceso de aprendizaje, en el que inciden numerosos factores suficientemente analizados por los especialistas, es, a fin de cuentas, un fenómeno de falta de adecuación entre los conocimientos adquiridos y la capacidad de asimilación de los mismos. O sea, un problema de falta de comunicación. Y esa carencia habría que analizarla dentro de un contexto muy preciso: el de un conocimiento deficiente y un uso pobre y poco cuidado del instrumento básico para esa comunicación, que es la palabra.

En relación con ella, con la palabra, nuestra preocupación más general es la de la riqueza y dominio del vocabulario para el que, naturalmente, se potencia la lectura frecuente y seleccionada. Pero yo creo que hay que ir más allá si nuestro objetivo es despertar en el niño no sólo el hábito, sino, además, el placer por la lectura. Hay que lograr que el niño sitúe la lectura en el mismo nivel que cualquier otra de las manifestaciones lúdico-artísticas y para ello deberíamos partir de la concepción del acto lingüístico como un acto creativo y utilizar, quizá, una metodología similar a la que se aplica, por ejemplo, en las actividades de expresión plástica.

El usuario del lenguaje (escritor, periodista, hablante, ...) actúa siempre seleccionando unos términos, una sintaxis, una entonación. Y sigue para ello el mismo proceso que el músico cuando elige unas notas determinadas o un ritmo concreto para la composición de su obra.

¿Por qué no introducir al niño en la conciencia de su propia selección lingüística? Los ejercicios para conseguirlo pueden ser muy variados y en ellos se puede fomentar tanto el aspecto literario como el lúdico. Me atrevo a proponer que el primero sea una consecuencia lógica del segundo.

No conozco trabajos realizados con este sentido de desmitificación de la obra literaria consagrada como único referente de lectura, desligada de la propia utilización de la palabra, oral o escrita. Me parece muy necesario realizar una experiencia de carácter integral que contemple, como mínimo los siguientes supuestos:

- 1.- Que incluya la sensibilización hacia la palabra como materia manipulable, y el acto lingüístico oral o escrito como un factor de definición estrictamente personal, tanto en el caso de los autores de los libros que nos gusta leer como en el de cada uno de nosotros.
- 2.- Como consecuencia de lo anterior, dar tanta importancia a la lectura como a la escritura, como dos aspectos inseparables del mismo proceso. Se puede afirmar que un buen escritor es un buen lector y viceversa.
- 3.- Ampliar la selección de lecturas a textos cotidianos como pueden ser prensa, cartas, folletos publicitarios, incluyendo grabaciones magnetofónicas de expresión oral espontánea. Todo ello, junto a las manifestaciones estrictamente literarias, ayudará a situar la lectura dentro de la amplia y apasionante cuestión de la comunicación humana.

El acto de la lectura, así entendido, será algo más que la satisfacción de una curiosidad por conocer una historia. Se convertirá en una verdadera elección, y de ahí a su conversión en una verdadera vocación sólo hay un paso.

